

# Ermilo Abreu Gómez, la inteligencia y la imposibilidad de gobernarla

Elena Poniatowska

Hace 7 años, el 14 de julio de 1971, murió Ermilo Abreu Gómez; Jesús Álvarez Amaya organizó un acto para recordarlo en el Museo de la Estampa Militante del Taller de Gráfica Popular. Después de Vicente Magdaleno, Juan de la Cabada se levantó con intención de hablar, pero en realidad no lo hizo; bailó, sacudió la cabeza, alzó los brazos como aspas, rió y dijo con una gran sonrisa luminosa, tan luminosa como sus cabellos blancos, que Ermilo estaba entre nosotros; que nada más alejado de él que un homenaje solemne y formal, que teníamos que sonreír, abrazarnos, dar unos cuantos pasos de baile, levantar los brazos en el aire, palmear, trenzar una ronda infantil para responder con risas a la risa de Abreu Gómez. Entre la concurrencia se le abrían los labios a Juana Inés Abreu, redonda y hermosa como ella sola bajo su fleco de

pelo rojo, a Margarita Paz Paredes, a Aurora Ocampo, a Germán Lizt Arzubide.

Ermilo Abreu Gómez escribió 77 obras, una por cada año de su vida, entre ellas destaca *Canek*, un relato muy hermoso sobre la rebelión del indio maya: Jacinto Canek, que lleva más de 20 ediciones y ha sido traducido al ruso, al alemán, al inglés, al portugués y al italiano. *Canek* es uno de los clásicos de la literatura mexicana: diáfano y misterioso, sencillo, lleno de energía y de profundidad.

Conocí a Ermilo en los últimos años de su vida. Viajaba en camión y tenía a mano, en la bolsa de su pantalón, el "cambio" para su pasaje. Llevaba del brazo un pesado portafolio con los trabajos de sus alumnos. No era difícil encontrarlo en las calles del centro cubierto por su impermeable raído, el cuello

*Elena Poniatowska*. París, Francia 1932. Escritora, activista política y periodista mexicana.

Tomado de la revista *Dos puntos*, Mérida, año II, núm. 2, septiembre de 1978: 4-5.

rodeado de una bufanda también raída, o una bonita española, cuando calentaba el frío invernal o las tolveneras de febrero y marzo. Yo siempre pensé que podía llevárselo el viento porque era muy pequeñito, muy delgado, muy menudo, una cosita así de nada, y lo visualizaba como al Principito de St. Exupery cuando los pájaros lo jalan por los aires amarrado a su bufanda. Ermilo iba a cobrar al periódico *El Día*, o *El Nacional* y no le importaba esperar humildemente en la caja a que lo atendieran. Al contrario, don Ermilo le pedía poco a la vida, poco a los demás; no se daba ninguna importancia. Frente a la caja se ponía a corregir alguna tarea rezagada de alguno de sus alumnos. A los setenta y tantos años iba hasta Toluca a dar clases, siempre con su imprescindible mochila y su abrigoito franciscano. Porque Ermilo Abreu Gómez tuvo mucho de San Francisco y con razón escribió la vida del santo. Tenía como San Francisco un gran desapego por el dinero y por los honores (creo más bien que le estorbaban, le daban pena), nunca se hizo de bienes terrenales, nunca quiso nada para sí. Cuando se cansaba de caminar abría la puerta del café París y si ningún amigo se acercaba, escribía sobre la mesa del café y con mucha cautela le pedía a la mesera otro café para vencer el frío, los años, la soledad. Porque a pesar



de estar muy rodeado de amigos, a pesar del bullicio del café, regresaba al silencio y al encierro de su casa de la calle de Frontera, a la sombra de su pomarrosa, un árbol grande que da flores como hortensias, color rosa encendido.

Cuando lo conocí ya estaba muy enfermo, tanto, que fui a verlo al hospital "20 de Noviembre" pocos meses antes de su muerte. Se hallaba en una sala común, separado de los demás apenas por una lona azul cielo. Menos mal que era azul cielo, porque ese color siempre ha estado ligado a la vida de Ermilo, a Campeche, al mar. A Ermilo solían decirle las mujeres: "¡Tienes los ojos del color del mar de Progreso, azules verde mar!" Y él les respondía con tantita coquetería, muy poquita, apenas, un tantito así, porque él nunca fue frívolo ni lisonjero: "¡Pero si el mar de Progreso es amarillo!" Allá, en su cama de hospital, Ermilo Abreu Gómez parecía un pajarito a punto de perderse. Pero aun en medio de su gravedad, se preocupaba por mi bienestar: "Una silla! Hay que conseguir una silla!" y hacía pequeños ademanes corteses e inquietos, aleteos transparentes, figuras en el aire, sombras chinas, sombrillas que eran parte de la gran sombra que empezaba a cubrirlo. "Tengo frío, siempre he sido friolento, hasta en Yucatán lo era. Si no había agua caliente, no me bañaba.

Le dije a Martín Luis Guzmán hace unos días: Martín, duermo con tres cobijas". "—Yo con cinco" —me contestó. Y Ermilo me sonreía tranquilizado. En el hospital le dieron de alta. "Es mejor que esté en su casa, con los suyos". Recibía visitas a eso de la una de la tarde y le encantaba comerse una rebanadita de pan negro muy delgada cubierta con una capa también inconsútil de Bovril. Preparar esa rebanada de pan era todo un rito. Yo le cantaba las bondades del Bovril: "Es concentrado de buey", le explicaba y él agrandaba los ojos. "¿De buey? ¡Válgame Dios! ¿De buey? Entonces no me lo dé..." Entonces Juana Inés intervenía: "Elenita quiere decir de res, papá, ¿qué no ves que traduce del francés? ¡De res; no de buey". Todavía —después de tanto Bovril— pudo ir al café La Habana y todas las meseras lo rodearon; tiernas, maternales. "¿Sabe usted por qué me quieren? Porque yo las respeto, y ellas me tienen una especial confianza humana". Caminamos hasta la librería Robredo, muy despacio, el solecito sobre sus hombros bien forrados. Ermilo hojeó libros, tomó el de García Márquez entre sus manos; también en la librería Zaplana sopesó uno de Rubén Romero y luego desistió: "Sabe usted, me basta *El Quijote*. ¿Para qué leer otra cosa que *El Quijote*?" y sonreía como pidiendo una disculpa.



A pesar de haber sido amigo de todos los grandes de la literatura, caminar por las calles de Washington con Juan Ramón Jiménez, Ermilo Abreu Gómez solía decir: "Fui jefe de una de esas tonterías internacionales" y no ponía el menor énfasis en su gran conocimiento de la literatura hispanoamericana, y en sus viajes como funcionario mexicano mar adentro, mar afuera en un barco de vela de tres palos, misionero de las letras, el único en conocer todas las islas del Caribe, porque según él, en ese mar, cada cinco minutos surge un archipiélago, una constelación de islitas: Cuba, San Juan, Barbados, Santo Tomás, Santa Margarita, Kingston, Jamaica, Curazao, y Ermilo Abreu Gómez alias Robinson Crusoe las visitaba enfundado en su traje de lino egipcio finísimo y por la noche caían esas tremendas lluvias tropicales que le recordaban Mérida y el patio de su casa en el que tenía en una palangana sus barcos y sus canoas de papel. A mí siempre me pareció que Ermilo Abreu Gómez veía todas las cosas de la tierra con cierta distancia, las estrellas, por ejemplo, para él eran luciérnagas, los árboles, semillas, a las voces las traía y las llevaba el viento. Por eso le hizo decir a Jacinto Canek:

Todo depende del espíritu.  
Hay hombres de espíritu ele-

vado e impaciente. Para ellos una mañana es ya el principio de una tarde. Hay hombres de espíritu lento, como dormido. Para ellos una tarde es apenas la continuidad de una mañana. También hay hombres de espíritu recio para quienes todas las horas están llenas del día. Para ellos se hizo, justo, el descanso de la noche.

Extraño a Ermilo, su leve presencia, el espacio pequeño que ocupaba sobre la tierra, sobre una silla, dentro de su camita. "¡Qué bueno es tener una camita ¿verdad?", sonreía, "sobre todo en estos días en que estoy cansado". Era juguetón, tenía malicia en los ojos. Una vez, para hacerme reír se escondió en el ropero. "Es el armario donde se guarda el alma", rió. Entonces le pregunté por su alma en ese cuerpo tan chiquito. "Con razón tiene un ropero, porque su alma no puede caber en su cuerpo tan chiquito". Sonrió halagado y respondió como Canek: "Bueno, en realidad, yo guardo mi cuerpo en el alma". Le gustaba jugar a las escondidas, como un duendecillo. Cuando tocaban a la puerta, como que quería correr, meterse debajo de la mesa, desconcertar al visitante. Al final, ya no podía moverse y el hecho de ya no poder jugar le dolía. Él me quería bien porque como tengo el

labio superior muy corto no puedo cerrar la boca, y por tanto casi siempre estoy sonriendo, o pelando los dientes. Creía mucho Ermilo en la alegría. Decía que Sor Juana fue una mujer fuerte y alegre. Decía que había que bailar. Decía que había que caminar horas y horas por las calles. Decía que no había que tomarse en serio. Decía que había que querer a los amigos. Y finalmente hizo decir a Canek:

*Nunca te enorgullezcas de los frutos de tu inteligencia. Sólo eres dueño del esfuerzo que pusiste en su cultivo; de lo que logra, nada más eres un espectador. La inteligencia es como una flecha: una vez que se aleja del arco, ya no la gobierna nadie. Su vuelo depende de tu fuerza, pero también del viento y ¿por qué no decirlo? del destino que camina detrás de ella.*

